

ALEAGUARA

J. Volpi

Memorial del engaño



ALFAGUARA



J. Volpi

Memorial del engaño

Traducción de Gustavo Izquierdo

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Obertura](#)

[Primer acto. *Il dissoluto punito*](#)

[Escena I. *Sobre cómo un pichón arruinó mi primer cumpleaños y la ingratitud de los lobeznos*](#)

[Escena II. *Sobre cómo unos shedim equivocaron su maleficio y mi madre se unió a los alienígenas*](#)

[Escena III. *Sobre cómo desganzar un violín con una sierra eléctrica y ser comunista y anticomunista en una tarde*](#)

[Escena IV. *Sobre cómo apareció mi Watson-con-falda-hippy y el judío canalla que inventó el FMI*](#)

[Escena V. *Sobre el carácter asesino de los genes y las guerras que se libran en familia*](#)

[Escena VI. *Sobre cómo limpiar tu nombre de la infamia y la extinción de los profetas*](#)

[Escena VII. *Sobre cómo unos bañistas hicieron quebrar al Planeta Tierra, S. A., y la persistencia de los virus*](#)

[Escena VIII. *Sobre las muchas vidas de los cadáveres y cómo formar un equipo de tenis con comunistas*](#)

[Escena IX. *Sobre cómo ensamblar una bomba H con bonos basura y cómo cantar a tres un dúo de La Bohème*](#)

[Escena X. *Sobre cómo influir en la gente y traicionar a tus amigos y los cuervos que anidan en el corazón*](#)

[Segundo acto. *L'occasione fa il ladro*](#)

[Escena I. *Sobre cómo visitar Washington de noche y arrastrar un cadáver por el lodo*](#)

[Escena II. Sobre cómo dos economistas consiguieron la piedra filosofal y dos economistas estelarizaron la pelea del siglo](#)

[Escena III. Sobre cómo enamorarse de una espía y engordar con una dieta de rencor](#)

[Escena IV. Sobre cómo pinchar una burbuja erótica y la guerra de los mundos](#)

[Escena V. Sobre cómo reconocer una mala dentadura y cómo acorralar a un espía con una calabaza](#)

[Escena VI. Sobre cómo formar un perfecto matrimonio y abofetear delicadamente a tu Maestro](#)

[Escena VII. Sobre cómo ganar perdiendo y perder ganando y cómo montar un pequeño álbum de familia](#)

[Escena VIII. Sobre cómo reconstruir el mundo en un hotel de lujo y la plácida jubilación de los espías](#)

[Escena IX. Sobre cómo unos mellizos se apoderaron del mundo y cómo usar a tu hijo como escudo](#)

[Escena X. Sobre cómo invertir en bienes raíces siendo comunista y naufragar sin salvavidas](#)

[Tercer acto. L'inganno felice](#)

[Escena I. Sobre cómo salvar el mundo con esparadrapo y cómo comerciar con viento](#)

[Escena II. Sobre cómo calentarse en el invierno moscovita y cómo hacerse millonario con cupones](#)

[Escena III. Sobre cómo ser inteligente y guapo te transforma en héroe y ser inteligente y guapa te convierte en puta](#)

[Escena IV. Sobre cómo retrasar la verdad por medio siglo y por qué cayó Babel](#)

[Escena V. Sobre cómo sobrevivir al fin del mundo](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Creditos](#)

[Grupo Santillana](#)

Para Rocío

IL COMMENDATORE
Pentiti!

DON GIOVANNI
No!

MOZART, *Don Giovanni* (1787)

Obertura

La mañana del 23 de abril de 2011, la secretaria depositó sobre mi escritorio un paquete enviado por correo ordinario, sin remitente y con matasellos de Colombo, en cuyo interior se alineaban una carta y un manuscrito titulado Memorial del engaño, firmado por J. Volpi. Me imaginé frente a una broma de mal gusto o el desafío de algún malicioso autor de la agencia (pensé en dos o tres nombres). Como cualquier neoyorquino, había seguido con cierto interés la historia de Volpi, un inversor de Wall Street y mecenas de la ópera que, de acuerdo con una nota del Times de octubre de 2008, había estafado a sus clientes, en una suerte de esquema Ponzi, por un monto cercano a los 15 mil millones de dólares: una cifra considerablemente menor a los 65 mil millones defraudados por Bernard Madoff, pero suficientes para acreditarlo como otro de los grandes criminales financieros de la Gran Recesión iniciada ese año. Sólo que, mientras Madoff fue condenado a ciento cincuenta años de prisión tras confesar su desfalco, Volpi huyó del país ante la inminencia de su arresto sin que a la fecha exista indicio alguno sobre su paradero.

En su carta, o en la carta escrita en su nombre, Volpi me pedía (casi me exigía) que leyese su autobiografía y, en caso de apreciar su «innegable valor documental y literario», me decidiese a representarlo. Me repelió su tono altivo e imperioso —un tono que, según la prensa, siempre caracterizó sus intervenciones públicas—, pero aun así le solicité a S. Ch., entonces vicepresidenta de la agencia, que me presentase un dictamen. Con un escepticismo idéntico al mío, ella intentó desembarazarse del encargo y lo delegó en un asistente. Quiero que lo revises tú misma, la apremié sin contemplaciones.

El sábado siguiente, mientras mi esposa y yo jugábamos al bridge con un celebrado autor de novelas policíacas y su mujer, S. Ch. me llamó para informarme que, o bien el manuscrito era obra de Volpi, o bien de alguien que lo conocía de muy cerca: yo debía echarle un vistazo cuanto antes. El lunes devoré de un tirón más de un tercio del manuscrito antes de asumir que estaba obligado a dar cuenta de su existencia a las autoridades. Cuando por fin marqué el número del FBI, había llegado al final, obstinado en utilizar unos guantes de látex para no arruinar las posibles huellas dispersas entre sus páginas.

Al cabo de unas semanas los peritos llegaron a nuestra misma conclusión: el texto contenía un alud de datos que sólo Volpi podría conocer; si el financiero prófugo no era su autor, al menos tenía que haber participado en su redacción, asistido tal vez por un ghost-writer. Por desgracia, el texto no ofrecía pistas que condujesen a localizarlo o a identificar a su hipotético cómplice. Y, por cierto, no contenía ninguna huella legible.

Al término de un engorroso proceso, un juez federal determinó que el manuscrito fuese considerado parte del patrimonio de Volpi y lo sumó a los bienes que el abogado del Estado tenía encomendado enajenar para resarcir a sus víctimas. Tanto Leah Levitt, la segunda esposa de Volpi (quien sólo obtuvo el divorcio tres años después de su desaparición), como su hija Susan se mostraron de acuerdo con entregar las previsibles regalías generadas por el libro al fondo destinado a aliviar los daños perpetrados por su autor. Tras una puja realizada en el marco de la Feria del Libro de Frankfurt de 2012, Memorial del engaño hallará su camino hacia el público gracias al entusiasmo de numerosas editoriales.

¿Por qué Volpi envió su libro a una agencia estrictamente literaria en vez de dirigirse a una especializada en obras de no ficción? Aunque llegamos a cruzarnos en alguna gala de beneficencia en Nueva York o al descender las escalinatas del Lincoln Center, a Volpi y a mí jamás se nos presentó la ocasión de charlar y entre nosotros jamás existió ninguna

relación personal. La respuesta, imagino, se halla en otra parte: su legendaria soberbia, causante de su vertiginoso ascenso y su drástica caída, le impedía imaginarse entre miles de best-sellers dedicados al colapso financiero y prefería considerar que su sitio estaba al lado de los trece premios Nobel y veintidós Pulitzer vigentes en nuestra nómina de autores.

La verdadera cuestión es, más bien, por qué yo me decidí a representarlo o, para ser más precisos, a gestionar los derechos de su autobiografía. Me gustaría advertir que Volpi —o su ghost-writer— es dueño de un estilo que superó mis expectativas (si bien resulta vano compararlo con otros escritores de la agencia). Más allá de sus defectos formales, pocas veces se puede escuchar la voz de un autor que, ajeno a cualquier precaución o sentido ético, se atreve a desmenuzar con semejante desvergüenza el desastre financiero de estos años. Además, Volpi narra la historia de su padre, un economista de origen ruso que, durante la segunda guerra mundial y los acuerdos de Bretton Woods, se desempeñó como asistente de Harry Dexter White en el Departamento del Tesoro. Obsesionado con desvelar su identidad, Volpi nos reintegra un episodio de nuestra historia política y moral que, hoy más que nunca, no debería quedar en el olvido.

La suya es, a fin de cuentas, la historia en primera persona de una generación que, atenazada entre el riesgo y la avaricia, precipitó al mundo en uno de los mayores desastres económicos y humanos de los últimos tiempos. Como llegó a decir un analista, nunca tan pocos hicieron tanto contra tantos. El protagonista de estas páginas, acaso un sosias o doppelgänger del auténtico Volpi, se arriesga a hablar —a cantar— por ellos.

A. W.

Nueva York, 2 de diciembre, 2012

Primer acto
Il dissoluto punito

Escena I. *Sobre cómo un pichón arruinó mi primer cumpleaños y la ingratitud de los lobeznos*

CAVATINA DE JUDITH

Una mitad refulgente y la otra opaca, como si alguien hubiese troceado la luna con un punzón. Tu padre permaneció largos minutos frente a la ventana, con los ojos bien abiertos, obsesionado con el claroscuro. Había vuelto a despertarse a las cinco de la madrugada —su reloj se detuvo a las 5:23—, como todos los días desde que nos abandonó. Al distinguir los primeros reflejos del alba, Noah volvió a tumbarse sobre la cama. Corrijo: un camastro apolillado, al garete sobre los tablones del piso; a su alrededor, un par de cajas de madera hacían las veces de mesas o sillas. Sus únicas pertenencias: una docena de libros, un par de retratos y el lastimoso estuche con su violín. Lo contemplé así en tantas ocasiones, hijo mío: un cuerpo sin alma o con un alma que sólo regresaba al cuerpo al cabo de varios minutos de extravío. Cuando tu padre recuperó la conciencia, amanecía. A esa pocilga apenas la lamían unos cuantos rayos de sol; con suerte cerca de las diez un hilo de luz se filtraría a través de las persianas y exhibiría la suciedad del catre y de las colchas. A lo lejos se distinguía la algarabía de los pájaros, los malditos pájaros que se obstinan en piar cuando clarea.

Noah se dirigió al baño, un cuadrángulo minúsculo con un retrete carcomido por el óxido. Penoso escenario, hijo mío, aunque fuese tu padre quien lo eligió al hacer a un lado nuestra vida en común. No presumo que nuestra convivencia fuera sencilla, pero al menos en el departamento de Park Slope habíamos conseguido mantenernos al margen de las habladorías. En el peor de los casos podríamos habernos marchado a otra ciudad o a otro estado, pero tu pa-

dre ni siquiera consideró mi sugerencia. Giró el grifo y un chorro de agua se precipitó sobre el cochambre. Imagino que se desnudó de un tirón, sacudido por una prisa repentina: su cuerpo lucía cada vez más esquelético, las costillas hendidas en los costados, el ombligo prominente y el cráneo con entradas hasta la coronilla (de joven la negrura de su pelo enloquecía a las secretarías). A su edad otros hombres conservan un aura juvenil o al menos cierto vigor en la mirada, pero a tu padre los años en Washington le arrebataron toda la energía y el agua tibia apenas diluyó su desvelo.

Una vez fuera de la ducha debió mirarse en el espejo, un vidrio con la plata desconchada que le devolvió su decadencia repetida. Noah siempre odió ese ritual matutino, constatar que cada vez se parecía menos a quien había sido en el pasado. Con destreza deslizó la navaja por su cuello y su mandíbula: ni una gota de sangre. Retornó al cuartucho, hurgó en una de las maletas que aún no había vaciado y descubrió su última camisa limpia. Yo misma la había almidonado sin saber que iba a dejarnos. Imposible adivinar si me lo agradeció o si por fin me echó de menos. Se enfundó los calzoncillos, el pantalón, la camisa y los tirantes y todavía tuvo tiempo de peinarse y esparcirse unas trazas de loción en la nuca. ¿Para qué? Tal vez sólo por costumbre, un reflejo que carece de propósito.

Se sentó sobre la cama y abrió un grueso tratado de economía. No exijas claves, hijo mío. Un libro de texto como cualquier otro —así me lo confirmaron sus colegas—, un compendio escolar sin pretensiones. Quizás releyó algún capítulo o buscó algún dato entre sus páginas. ¿Cómo saberlo? Hacía meses, te repito, que su conducta había dejado de ser lo que se dice normal. Estúpida palabra. A ver ésta: *previsible*. Previsible para quien lo acompañó durante dos décadas, para quien compartió sus incontables desventuras y escasas alegrías, para quien se acostó con él a diario, para quien lo conocía como nadie. Más que reservado, Noah era impenetrable, pero no confundas esta expresión con misterioso o enigmático. Hay hombres abiertos y hom-

bres cerrados, y tu padre pertenecía a los segundos. Una caja fuerte que no albergaba en su interior más que ideales y buenos sentimientos.

Llevaba demasiados años triste, devastado. ¿Cómo no iba a estarlo? Había consagrado su vida al Tesoro, a luchar por su país, y de pronto nada le quedaba por delante. Eso lo comprendo. Pero la melancolía no justifica que se haya marchado de un día para otro, y menos en mi estado. Después de veinte años, se escabulló, alquiló ese cuchitril en Queens y se refundió en él como si se tratase de una cárcel o una sinagoga. ¿Qué esperaba? ¿Que yo lo rescatase? ¿Que clamara justicia en su nombre? ¿Que implorase su regreso? Me conoces, hijo: yo no le ruego a nadie. Cuando tuvo el descaro de volver a casa, al cabo de un par de semanas, se limitó a recoger su violín, sus papeles y sus libros. Otra vez no dio explicaciones. *Debo irme*. Sólo eso. Y se largó a Queens.

Imagino que tu padre hojeaba aún su tratado de economía o de nuevo tenía la mente en blanco cuando lo distrajo un chillido en la ventana. Al volver la vista distinguió una paloma que luchaba por liberar una de sus alas, atrapada entre el vidrio y la madera. Se irguió y se aproximó al animal, que aleteaba enloquecido. Noah levantó el marco pero, en vez de alzar el vuelo, el pichón se quedó allí, paralizado, con un ala medio rota y la mirada adolorida. Supongo que incluso las palomas mostrarán dolor en la mirada. Tu padre debió contemplarla durante un rato sin saber qué hacer, conmovido por la fragilidad de la criatura. De seguro pensó que estaba obligado a salvarla. Le dio un pequeño empujón. Nada. Luego otro. Nada. Entonces debió asumir que lo mejor sería conducir el bicho al interior, restañar su herida, alimentarlo con galletas, esperar que se aliviase poco a poco, tal vez le serviría de compañía. Se recargó sobre el alero y trató de atrapar su cuerpecito. La bestezuela debió malinterpretar sus intenciones y se balanceó torpemente en la cornisa. Noah tomó impulso y estiró el brazo. Quizás lo sacudió el vértigo al contemplar los once pisos que lo separaban de la acera. O tropezó sobre el alero en un úl-

timo esfuerzo por rescatar al pichón. Lo cierto es que, cuando el primer transeúnte se topó con su cuerpo despanzurado sobre la acera, tu padre aún conservaba un haz de plumas en la mano.

RECITATIVO

Palabras más, palabras menos, éste es el relato de Judith en torno a la muerte de mi padre y, como puede verse, palabras a ella nunca le faltaron. Yo tendría cuatro o cinco años cuando por primera vez desgranó ante mí el episodio y, más que la intrusión de la paloma, recuerdo su timbre venenoso, que no he reproducido con justicia, su mirada de acero hendida sobre mi timidez y sus dedos trazando piruetas en el aire (las uñas rojo intenso), sin muestra alguna de tacto o de pudor, hasta que una de sus palmas, elevada a la altura de la cabeza, se estrellaba contra su gemela reproduciendo el crujir de los huesos de mi padre contra el cemento. A veces Judith prolongaba su especulación sobre la miseria, el insomnio o las lecturas de su difunto marido, otras adobaba el incidente con una pátina algo más patética o más ridícula (o ambas cosas) y otras se empeñaba en demostrarme que la desgracia había sido íntegra culpa de mi padre, aunque en ningún caso omitía señalar que, más allá de su carácter esquivo, su mala suerte y su huida repentina, Noah era un buen hombre, dicho esto con idénticas dosis de conmiseración y desprecio.

Ocurría así.

Por la noche, después de cubrirme con el edredón, como si fuese a relatarme un cuento de hadas, o a la hora de la comida, acompañando un *gefilte fisch* con *khren*, Judith reelaboraba los hechos sin admitir preguntas de mi parte. Gracias a esta táctica, durante años lo único que supe de mi padre fueron los rasgos de carácter exaltados en su infortunada cita con el pichón: una bondad íntima hacia los animales (y acaso las personas), cierto desinterés o descuido hacia los fetos, una clara propensión hacia la desgracia y

una afición por la música clásica que contrastaba con su vulgar profesión de economista. Imposible extraer de mi madre detalles no incluidos en este recuento o exigirle una prueba fotográfica: con una sola excepción, todos sus retratos se extraviaron en la mudanza posterior al entierro, se justificaba ella. A nadie debería extrañar que mi padre fuese para mí muy poca cosa: un nombre pronunciado de mala gana y la sensación de ignorar el origen de un cincuenta por ciento de mis genes.

Años después, un proxeneta de la mente señaló que mis conflictos con la autoridad se originaban en la ausencia de una figura paterna durante mi niñez. Sublime tontería: Judith cumplía a la perfección con la tarea. Su afición por la ginebra y los habanos, sus modales ariscos y brutales, su lenguaje de carretero y su afición a pelearse, mejor si a golpes, con quien osase contradecirla o engañarla, bastaban para demostrar que era más viril que cualquier hombre. A lo largo de estas páginas volveré a su doble temperamento de carcelera y dama de la caridad, por ahora me contentaré con sostener que, pese a su delgadez y la brevedad de su estatura —a los doce yo ya la rebasaba—, mi madre no sólo era capaz de colmar una habitación con su presencia, sino tres o cuatro pisos. No pretendo cebarme con ella (no todavía): la recuerdo como un entrañable gnomo judío, no exento de una belleza escalofriante, capaz de doblegar a un ejército o de imponer su voluntad a una pandilla de matones. Seré más justo: una mujer que se labró a sí misma desde pequeña —el insaciable cliché de la pobreza, padre adúltero y madre depresiva— y que no consintió en doblegarse o arrepentirse ni siquiera ante la muerte.

Hasta los quince o dieciséis años jamás me laceró la orfandad, una condición que me permitía colocarme a la altura de los infelices que conservaban las barras y estrellas o los corazones púrpuras entregados a sus madres en ceremonias tan solemnes como hipócritas. Imposible jactarme de que mi padre fuese un héroe caído en combate, como los de mis compañeros de escuela, pero sacudidos por mi desamparo los profesores me reservaban una benevolencia